



LA ARGENTINA Y BRASIL. ENTENDIMIENTO O QUIMERA

Marcelo Ramón Lascano

Enero de 2007

Las relaciones entre ambos países son de larga data y han abonado el terreno de las políticas bilaterales y regionales durante un par de siglos. Dos experiencias emancipadoras totalmente diferentes, lo mismo que dos estilos diplomáticos y estrategias territoriales han deslizado estilos y aspiraciones abiertamente discrepantes, también durante doscientos años. Las ambiciones de liderazgo internacional por parte de Brasil, constituyen un rasgo no menor y por cierto legítimo, que no puede subestimarse a la hora de erigir entendimientos, precisamente en obsequio de la funcionalidad y éxito de los mismos.

Aspirar a una relación estable, equilibrada y mutuamente provechosa, amerita, entonces, formular algunas breves reflexiones no necesariamente económicas. Esto que parecería ocioso para concluir felizmente un propósito integracionista, sin embargo, no lo es, como tampoco lo es en la jerga bancaria moderna la exigencia de conocer al cliente. La personalidad de la contraparte, su vocación internacional, los estilos de administración, el juego de las instituciones, las alianzas con otras naciones, sus definiciones estratégicas, los sectores que encabezan áreas de política no negociables, etc. parecen aspectos que deberían ocupar la primera plana para entrar en el entendimiento sustancial y no quedar en el umbral meramente formal.

Algunas de esas exigencias no aparecen contempladas con certeza desde que el proyecto MERCOSUR, allá por los tiempos de Sarney y de Alfonsín (1986) irrumpe en el escenario con fuerte impacto, pero tampoco se vislumbran desde el Tratado de Asunción (1991) hasta el presente, que es cuando nuevamente se activa la demanda de fortalecimiento del sistema casi regional que este acuerdo simboliza. Han pasado casi veinte años y las discusiones y vaivenes se exteriorizan y confirman su debilidad, de la cual no lo salvará un oneroso parlamento si las definiciones más importantes siguen ausentes y los desacuerdos se multiplican. Como antecedente sirva recordar la reunión de Ouro Preto (1994) que sirvió para neutralizar la obligación de suprimir las restricciones y contrariar el espíritu central de la integración.

El enfoque aquí formulado podría parecer conflictivo, más no lo es. Sólo busca alejar esta experiencia de los desencuentros que la privan de alcanzar su óptimo razonable para salir de las convocantes y superfluas quimeras que se lleva el viento. Esto lo ha entendido Brasil magistralmente. Con un pie en el mercado regional y con otro en el resto del mundo, esta dualidad

estratégica terminó posicionando a nuestro socio mayor en un destacado podio en el escenario internacional, paradójicamente al margen del MERCOSUR, del cual es un encumbrado miembro.

Pero esto fue siempre así. Equilibrio y firmeza en las relaciones con el resto del mundo han sobresalido a partir de claras y duraderas definiciones de los intereses nacionales. Cuando hubo que definir políticas económicas según requerimientos de la OMC, Brasil supo hacer enérgicas reservas respecto de algunas áreas a la sazón consideradas estratégicas, como en los casos del sector de informática y de medicamentos y consiguió su propósito, como seguramente logrará ingresar como miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, hasta hace poco tiempo rivalizado por la Argentina.

Si las realizaciones de Brasil durante los últimos cinco o siete años y con independencia del MERCOSUR, no se observaran a la luz de sus arraigados cometidos nacionales, no se podría entender de qué se trata. En este caso, las quimeras seguirían inundando las cabezas desprevenidas de quienes se niegan a ver la realidad. Reitero, esta observación no se dirige a desviar a la Argentina de la asociación, sino a perfeccionar su participación y no a frustrarla, aunque a partir de otros criterios que deberían ser necesariamente más realistas.

Tempranamente, en 1991 en columnas periodísticas reproducidas en 1995 en el libro titulado "*Reflexiones sobre la Economía Argentina*" publicado por Ediciones Macchi, subrayamos varios aspectos aquí señalados, de modo que la cuestión ni es nueva ni responde a especulaciones circunstanciales. Es que separar los enfoques de política económica externa de las realidades que subyacen en el comportamiento histórico de las naciones, puede deparar trágicas aunque silenciosas consecuencias, como podría ser la pérdida de relevancia internacional, cuya recuperación podría llegar a resultar una irrealizable esperanza.

En esa inteligencia vale la pena repasar algunos aspectos que distancian las políticas entre los socios y vecinos y que necesariamente pueden llegar a dificultar los consensos regionales. El caso más significativo lo representa la vinculación con los EEUU. De privilegio con Brasil según Condoleezza Rice estos días y siempre distante con la Argentina, lo cual no quiere decir que no puedan irrumpir aires de reanudación de vínculos amables, pero ello es otra cosa.

La relación con el Presidente Chaves marca ostensiblemente las diferencias con Venezuela y, de paso, refuerza las complacencias hacia el Presidente Bush. El caso de Bolivia es patético. La relación pareció inicialmente privilegiada con la Argentina y tirante con Brasil desde la asunción misma de Evo Morales. Las severas actitudes de Lula da Silva por la prepotencia respecto de la nacionalización de Petrobras convirtió finalmente a Brasil en socio prioritario respecto de provisión de gas boliviano y a mejor precio. El acuerdo tripartito para salir al Pacífico por Chile cruzando el altiplano boliviano, refuerza la gestión estratégica de Brasilia y su determinante influencia geopolítica, que con iguales propósitos supo buscar otra ventana al Pacífico.

Bien. Pero al margen de ello, es importante subrayar el posicionamiento que Brasil ha logrado por afuera del Mercosur y que confirma la opinión de algunas figuras de ese país, quienes destacan el escaso sentido actual que tiene la integración si Brasil se afirma cómodamente en todos los continentes. La instalación de Petrobrás en una treintena de naciones y las ventas de Embraer de modernas y eficientes aeronaves, por no citar dos casos emblemáticos, ilustran sobre el particular, lo mismo que los recientes anuncios dirigidos a afirmar el desarrollo nuclear como expediente para ganar aptitud defensiva, sobre todo después del descubrimiento del yacimiento de petróleo y gas en ultramar. So pretexto de la codicia internacional, el ministro de justicia, Nelson Jobim, insinuó la necesidad de contar con un submarino nuclear mientras el general Barros Moreira, del Ministerio de Defensa, habló de avanzar con un artefacto nuclear para no quedar afuera del mundo actual,

añadiendo que eventualmente Brasil podría retirarse del Tratado de no Proliferación de Armas Nucleares si su seguridad nacional lo exigiese.

Esas verdaderas definiciones son perfectamente compatibles con la búsqueda de expansión y consolidación del espacio conquistado en el escenario global. Por ello es dable afirmar que si bien el MERCOSUR le sirve, los verdaderos logros brasileños vienen por otro lado, de modo que resulta ingenuo, sino miope, esperar otra cosa sin articular una estrategia que contemple los objetivos del perseverante vecino. Brasil se ha instalado virtualmente en la OPEP, ganó posiciones en la OCDE y hoy, según Pascal Lamy, representa de facto a los miembros del mercado regional en la OMC. La instalación en el Consejo de Seguridad es una cuestión de tiempo y las recientes ofensivas en el grupo IBSA reunido en Pretoria para integrar las economías de Brasil, la India y Sudáfrica, lo confirma.

En conclusión, no se trata de debilitar una relación ya debilitada por sus obvias y arraigadas inconsistencias institucionales, sino de reclamar entendimientos articulados sobre sólidas dosis de realismo, despejando el camino de quimeras a veces infantiles para que el porvenir nos encuentre mejor posicionados. Ello no sucederá mediante remiendos burocráticos o expresiones de deseos muy respetables, si al mismo tiempo no se concilian los intereses con sinceridad, pero también a partir de una concreta estrategia, en cuyo vértice debería quedar ostensiblemente claro qué busca la Argentina en un mundo donde son los intereses nacionales, concretos, los que definen los objetivos con prescindencia de coincidencias ideológicas muy respetables, pero cuyos dividendos en términos de bienestar no salen del territorio de una literatura de escasa densidad práctica.